

Recuerdo, luego existo

EL ARTE DE LA MEMORIA

FRANCES A. YATES

TRAD. DE IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO
SIRUELA, MADRID, 2005
495 PÁGINAS, 35 EUROS



LECTURA
DE LA HISTORIA
CULTURAL DE
OCCIDENTE EN
CLAVE DE
MEMORIZACIÓN

BLAS MATAMORO

Tras años de ausencia en las librerías (la primera edición data de 1974 con el sello de Taurus) vuelve esta ambiciosa, pormenorizada y fluida lectura de la historia cultural de Occidente en clave de memorización. De Grecia hasta el barroco -con especial detenimiento en los herméticos de los siglos XVI y XVII: Bruno, Fludd, Giulio Camillo-, Yates detecta la íntima relación que subsiste entre recordar y pensar, entre reminiscencia e historia.

La cultura clásica, esencialmente visual -apolínea, si se prefiere- concibe el mundo como un repertorio de imágenes que sólo se ordenan como tal mundo si se memorizan. Así define Cicerón la memoria: «la firme percepción por el alma de cosas y palabras». No se percibe si no se recuerda, si no se fija la mudable sensación en la mente que vuelve sobre ella. Hasta forma parte de la retórica dicha mnemotécnica. Y ya sabemos que la retórica es el arte de persuadir y la base de la ciencia que demuestra lo que dice.

Recordar es asociar, traer a la superficie las relaciones simbólicas ocultas por los tópicos del lenguaje. Conocer es reconocer a alguien conocido que lleva una máscara. También es construir un espacio, la arquitectura musical del recuerdo y hasta llevarlo a escena en el teatro de la memoria. ¿Podríamos, acaso, haber llegado a un épico de la memoria como Proust o a un científico del olvido como Freud sin tales tradiciones?

Yates hace desfilar con ritmo de narración a Grecia, Roma, la Edad Media, el Renacimiento, el barroco. Los tratadistas de la memoria, los *metteurs en scène* de la memoria, los teólogos de la memoria como Tomás el Aquinate y los creyentes agónicos como Agustín, un neoplatónico que buscaba a Dios en el fondo de la memoria.

Hay un acento especial que Yates pone en los hermetismos. Sus libros sobre la materia inciden en Bruno, Lulio y hasta en Shakespeare, la masonería histórica y los virtuales rosacruces. Pero no va hacia lo cerrado y oculto sino que propone racionalizar lo que se piensa a partir de lo que «está por debajo» del saber, su cimient o su abismo. Para ello admite la autoridad del simbolismo en tanto lógica simbólica. Si se prefiere: lógica poética. Mnemosyne era la madre de las Musas, la Supermusa del recuerdo. Occidente empezó a pensar con los aforismos y poemas de los presocráticos. ¿Acaso ha dejado alguna vez de pensar en clave metafórica? Demos gracias a miss Yates por recordárnoslo. O mejor: para que no lo olvidemos. ■



LA GEOGRAFÍA BORRADA

FLORENTINO RODA

La guerra del resultado inesperado

EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1905, CON LA FIRMA EN PORTSMOUTH DEL TRATADO DE PAZ ENTRE RUSIA Y JAPÓN, LA NACIÓN NIPONA CONSIGUIÓ LA VICTORIA EN UNA CONTIENDA, RELEGADA PERO NO OLVIDADA, QUE SUPUSO LA MAYOR SORPRESA MILITAR DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

Hace cien años se plasmó la mayor sorpresa militar de comienzos del siglo XX. Japón derrotaba a Rusia. Y quedaba plasmado en el Tratado de Paz firmado el 5 de septiembre de 1905 en Portsmouth. El resultado fue especialmente humillante para el Zar y sus súbditos, henchidos de autosuficiencia y mofándose de los «macacos» nipones hasta que los hechos demostraron de lo que era capaz esa «raza amarilla». Los japoneses, simplemente, utilizaron al máximo todos los recursos, bien conscientes de la dificultad de triunfar ante una de las grandes potencias de entonces: sus militares más optimistas apenas se concedían un 50 por ciento de posibilidades de victoria. La audacia fue la primer arma nipona. Las vidas humanas fueron la segunda, porque la toma de Port Arthur su-

puso decenas de miles de víctimas, superadas después por la toma de Mukden, la mayor batalla de la historia hasta entonces, en donde murieron 165.000 soldados del total de 650.000. Tokio sólo consiguió una victoria clara en la última batalla naval, en los estrechos de Tsushima, al derrotar sin paliativos al grueso de la flota rusa, la del Báltico. Los japoneses, además, tuvieron la suerte de la desmembración interna rusa desde el verano, a raíz del motín del acorazado Potemkin.

BENEFICIOS. Pero tampoco fue una «espléndida guerrecita», como años antes el presidente norteamericano definió la guerra contra España de 1898. Los beneficios para Japón fueron pocos. Porque si la Revolución de 1905 bloqueó a Rusia, Japón estaba

tan exhausto o más: había movilizad o cinco veces más soldados que en la guerra contra China de 1894-95, había sufrido seis veces más muertes y el gasto se había multiplicado por nueve. No tuvo más remedio que firmar el Tratado de Paz en los términos dictados por los negociadores rusos y, más allá de una porción de la isla Sajalín, los beneficios fueron nulos. Tokio ni siquiera cobró una indemnización.

Peor aún, el ejemplo de tantas carnicerías humanas tampoco le sirvió al resto de la humanidad. Las ametralladoras y las demás armas nuevas fueron letales al máximo en las praderas de Manchuria, pero las tácticas militares durante la I Guerra Mundial siguieron centradas en los ataques a las trincheras enemigas, y los recursos se siguieron gastando en



ardos ya redundantes, como la ca-

La admiración por Japón fue el único resultado palpable de la contienda. No obstante, la historiografía y la memoria están relegando esta guerra que acaba de cumplirse en centenario. Sea cual sea el caso de las dos guerras mundiales, por el posterior estallido de la Revolución Rusa o por que los desmanes militares japoneses posteriores fueron mucho mayores, los principales estudios no han ido más allá de los historiadores militares. Los estudios académicos han sido importantes, pero ninguno ha llegado al nivel de gran obra. El gran especialista británico en la política exterior japonesa, Ian Nish, ha analizado los intereses de Rusia, dominando Manchuria y sopesando involucrarse más en Corea y China, y por qué ninguno a Japón, siempre dispuesto a negociar.

MOMENTO CRUCIAL El principal especialista en la prensa japonesa del siglo XIX, James L. Huffman, ha definido como «nuevo chovinismo» el papel de los medios de comunicación nipones, por su información especialmente tergiversada sobre Rusia y por apostar fuertemente por la guerra. Las decisiones y los disturbios en Japón en protesta por la paz insatisfactoria han sido interpretados por Shumpei Okamoto como una «competencia de lealtades». Pero el centenario de la guerra ha pasado casi sin pena ni gloria. Algunos han acuñado el término *World War Zero*, pero los libros aparecidos a propósito del centenario han sido pocos, y si- gue destacando una reedición de El

sol naciente y el oso abatido (*Rising sun and tumbling bear*), de Richard Connaughton, co-autor de otra obra sobre la Batalla de Manila.

Relegada, pero no olvidada. Porque la guerra contra Rusia es, ante todo, un momento crucial inserto en procesos más amplios. Los debates más interesantes sobre el Japón de último siglo, como son el porqué de la deriva militarista que acaba ahora hace precisamente sesenta años y la modernización del sistema imperial tienen en la Guerra de 1904-05 argumentos decisivos. El debate más teñido políticamente es sobre hasta qué punto fue inexorable la deriva ultranacionalista nipona que acabó en la Guerra del Pacífico. Ese militarismo fue considerado durante años como una aberración de la «normalidad» dentro de una historia que veía a Japón como un ejemplo de progreso paulatino y acercamiento a Occidente, centrada en los avances mo-

derinizadores de la época Meiji. Frente a ellos, están los que se preguntan por los «caminos no tomados». Japón no era un actor pasivo en el plano internacional, sino un país diseñado y conformado por sus propia elites, como describe Kenneth Pyle en su *The Making of Modern Japan*, que han buscado conscientemente la expansión imperial. Estos historiadores rupturistas, como Mikiso Hane, recientemente fallecido, John W. Dower o Tetsuo Najitase, plantean que sería también conveniente preguntarse por las implicaciones de las decisiones de los gobiernos en aspectos menos llamativos pero igual de importantes, como el nivel de vida de la población. Frederick R. Dickinson, en su libro sobre Japón ante la I Guerra Mundial, *War and National Reinvention*, ve sobre todo euforia en los dirigentes japoneses durante la Gran Guerra: buscaron oportunidades por las dificultades del imperio alemán para mantener sus dominios en el Pacífico y manipularon hechos, tanto los interiores como los exteriores, en pos de sus objetivos expansionistas.

PUNTO DE INFLEXIÓN En el caso de la modernización de Japón, no comenzó en los años de la guerra con Rusia, pero los cambios que desencadenó sí la llevaron a un punto de inflexión. Carol Gluck ha escrito el libro quizás más innovador sobre los últimos años del período Meiji (1868-1912), describiendo la renovación del sistema imperial tradicional en uno nuevo y moderno que justificó y dio alas al militarismo, actualizando sus contribuciones y su simbología, el llamado *Kokutai*, un término compuesto de dos ideogramas: país y cuerpo, que fue en definitiva el alma esencial de la nación. Si la victoria sobre Rusia de 1905 fue sorprendente, el *Kokutai* permite explicar en términos nipones, puesto que definió lo que significaba ser japonés como lo propio, como opuesto a lo «otro».

Japón contó con dos facciones principales entre sus dirigentes. Una estaba encarnada por el ejemplo de Gran Bretaña y su imperio, era más proclive a desarrollar la armada y contó con líderes como Takaaki Kato o Shigeru Yoshida, que participó en las negociaciones de Paz con Rusia en Portsmouth, en los comienzos de su carrera diplomática. La otra facción miraba el ejemplo alemán, con líderes como Aritomo Yamagata, Yosuke Matsuoka o tantos jóvenes militaristas de la década de 1930, obsesionados con la conquista de China y Asia. Desde luego, no eran dos polos opuestos ni compartimentos estancos. Porque todos los dirigentes apoyaron la expansión y su principal diferencia fueron los métodos.

La ideología del Japón militarista, la deriva propagandística contra Occidente o la decisión de expandirse por encima de cualquier otra consideración (como, por ejemplo, un nivel de vida más elevado para la población), en definitiva, fueron producto de una guerra que tuvo lugar hace cien años. Aunque sea menos visible. ■

Ernesto Cardenal
Vida perdida
Número 1

Ernesto

Un sacerdote rebelde

VIDA PERDIDA, MEMORIAS I

ERNESTO CARDENAL
TROTTA, MADRID, 2005
482 PÁGINAS, 25 EUROS

PRIMERA PARTE DE LAS «MEMORIAS»

DE ERNESTO CARDENAL, EN LA QUE CUENTA SU EXPERIENCIA DEL NOVICIADO COMO MONJE CISTERCIENSE

ANNA CABALLÉ

Es difícil sustraerse, si se habla de Ernesto Cardenal, a la imagen de Juan Pablo II repreniéndole con su dedo índice en el aeropuerto de Managua, mientras Cardenal permanecía arrodillado y con la cabeza respetuosamente baja. Es una imagen que, con motivo del mediático fallecimiento del Pontífice, vimos repetidas veces por televisión. No es extraño. Cardenal (Nicaragua, 1925) ha sido uno de los intelectuales más influyentes, y también más polémicos, de América Latina y resulta difícil considerar una sola faceta suya -sacerdote, escritor, fundador de una comunidad en el archipiélago de Solentiname, activista político contra la dictadura de los Somoza, ministro de Cultura del gobierno sandinista, heredero de la vanguardia nicaragüense, amigo de José María Valverde... - prescindiendo de las demás pues todas en su caso están relacionadas y no se sabe muy bien dónde acaba su carisma personal y empieza su labor intelectual o religiosa. Trotta se ha encargado en los últimos años de la publicación de su trilogía memorialística (*Las insueltas extrañas, 2002* y *La revolución perdida, 2004*) dejando para el final la reedición de su primer volumen *Vida perdida* (ya publicado por Seix Barral en 1999 como libro exento) al que se han añadido dos nuevos capítulos que permiten, supongo, justificar la reedición (lamentablemente, nada de ello se explica). Comentaré sólo este último volumen centrado en su experiencia del noviciado como monje cisterciense.

El texto tiene un comienzo casi cinematográfico: el viaje de Nicaragua a EE. UU. de un joven Cardenal dispuesto a ingresar en un monasterio trapense ubicado en Kentucky, atraído por la personalidad de uno de sus monjes: el escritor y contemplativo Thomas Merton, autor de una excelente autobiografía escrita en clave mística, *La montaña de los siete círculos*. Para sorpresa de Cardenal cuando llega al monasterio de Gethsemani, Merton se halla ya a un paso de la heterodoxia, deseando liberar la estricta orden de principios obsoletos. Proponiéndole al poeta casi de inmediato la fundación de un nuevo monasterio, que no pudo ser, en Nicaragua. Sin embargo, la estructura del libro resulta bastante atrabiliaria y Cardenal desplaza su biografía hacia adelante (cuando sale del monasterio antes de sus votos buscando nuevas alternativas dentro de la fe que le llevan a un monasterio benedictino en Cuernavaca) o hacia atrás (sus pulcros noviazgos siempre interrumpidos por la llamada de Dios, que él ve como milagrosa, o su infancia en Granada) de una forma poco estructurada. Es su forma de abordar la escritura: Cardenal simplemente dice las cosas. No las explica, no las interpreta, no las integra en un sistema superior. Sólo dice y ese es también el rasgo principal de su autobiografía, directa, coloquial, comunicativa... y, a mi juicio, excesivamente pueril. ■

LOS DEBATES MÁS INTERESANTES SOBRE EL JAPÓN DEL ÚLTIMO SIGLO, COMO SON EL PORQUÉ DE LA DERIVA MILITARISTA QUE ACABÓ HACER AHORA SESENTA AÑOS Y LA MODERNIZACIÓN DEL SISTEMA IMPERIAL, TIENEN EN EL ENFRENTAMIENTO RUSO-JAPONÉS DE 1904-05 ARGUMENTOS DECISIVOS